

## OBRAS

La obra comenzada nos llama con más fuerza que los motivos. Hay motivos para cooperar, y poderosos, pero podemos comprenderlos y estarles dando vueltas en nuestra mente toda la vida sin cooperar. Aunque la cooperación en marcha atrae al fundador, y las piedras de espera son, en toda obra, razones suficientes para continuarla. Feliz, pues, aquel que en el trabajo de la víspera ve las marcas de su propia voluntad.

Se dice que los hombres persiguen siempre algún bien, pero yo los veo remisos ante un fin razonable. Su imaginación no es tan poderosa como para interesarlos en una obra que aún no es nada en el mundo. Por eso hay tantas obras ante nosotros que juzgamos buenas y que no hacemos. La imaginación nos decepciona por más de un motivo, más en especial porque la creemos anunciadora, a causa de la agitación presente que nos hace sentir; pero ese estéril movimiento se acaba por sí mismo; la agitación está siempre en el presente y los proyectos están en el futuro. De ahí que el indolente diga: «Haré», siendo así que la palabra del hombre debe ser «Hago», pues es la acción la que engendra el futuro. El futuro es imprevisible, y así sucede en toda obra, pues el futuro que la obra nos revela no es nunca el que pensábamos; es siempre más bello. Por eso nadie puede creerlo, y los visionarios siguen repitiendo que sus proyectos valen mucho más que las obras de los otros.

Pero ved a esos hombres ocupados y felices; todos se precipitan hacia la obra comenzada, que es a veces una tienda de ultramarinos o una colección de sellos; es sabido que no hay obra frívola tan pronto como está en marcha. Los veo cansados de imaginar y ávidos de percibir sus piedras adentelladas. Ningún bordado gusta cuando se dan las primeras puntadas, pero a medida que la obra avanza actúa

sobre nuestro deseo con potencia acelerada. Por eso la fe es la primera de las virtudes, y la esperanza sólo la segunda, porque es preciso comenzar sin esperanza, la cual viene con el crecimiento y el progreso. Los verdaderos proyectos no nacen más que ya dentro de la obra. No creo en absoluto que Miguel Ángel empezara a pintar porque en su imaginación hubiera visto todas esas figuras, pues ante la necesidad sólo dice esto: «No es ése mi oficio». Pero se puso a pintar y las figuras se revelaron; y pintar es eso, descubrir lo que se hace.

Con razón se dice que la felicidad se nos escapa como una sombra, y es cierto que la dicha imaginada no la poseemos jamás. La dicha de hacer no es nunca imaginada ni imaginable; solo es sustancial, y no podemos formarnos su imagen. Y como saben los escritores, no hay tema bueno; es más, diría incluso que hay que desconfiar del tema bueno, pero abordarlo de inmediato a fin de reducir al fantasma, que es dejar a un lado la esperanza y cobrar fe. Deshacer para rehacer, que es indudablemente el modo de poder comprender las asombrosas diferencias que hay siempre entre la novela y la aventura verdadera que la ha inspirado. Pintor, no te distraigas con la sonrisa de la modelo.

29 de noviembre, 1922

## MIRA A LO LEJOS

Sólo una cosa tengo que decir al melancólico: «Mira a lo lejos». El melancólico es casi siempre un hombre que lee demasiado. El ojo humano no está hecho para tal distancia; en los grandes espacios es donde reposa. Cuando miramos las estrellas o el horizonte del mar, nuestro ojo está relajado; si el ojo está relajado, la cabeza está libre y es más seguro el

andar; todo se relaja y adquiere flexibilidad, hasta las vísceras. Pero no intentes relajarte por tu propia voluntad. Tu voluntad en ti, aplicada a ti, es una fuerza loca que acabará por estrangularte. No pienses en ti; mira a lo lejos.

Cierto que la melancolía es una enfermedad, y que el médico a veces puede adivinar la causa y darte el remedio; pero ese remedio atrae la atención hacia el cuerpo y la preocupación de seguir un régimen destruye el efecto. Por eso el médico, si es sensato, te manda al filósofo. Pero cuando acudes al filósofo, ¿con qué te encuentras? Con un hombre que lee demasiado, que tiene un pensar miope y que está más triste que tú.

El Estado debería sostener una escuela de sensatez o cordura como sostiene la de medicina. ¿Cómo? Por pura ciencia, que es contemplación de las cosas y poesía tan grande como el mundo. Pues la mecánica de nuestros ojos, que hallan reposo en los anchos horizontes, nos enseña una gran verdad. Es preciso que el pensamiento libere al cuerpo y lo devuelva al Universo, que es nuestra verdadera patria. Hay un profundo parentesco entre nuestro destino de hombre y las funciones de nuestro cuerpo. El animal, cuando las cosas que le rodean le dejan en paz, se acuesta y duerme; el hombre piensa, y si es un pensamiento de animal, ¡pobre de él!, pues duplica sus males y sus necesidades y se tortura con temores y esperanzas; con ello su cuerpo se distiende, se agita, se lanza, se contiene, según el juego de la imaginación, siempre receloso, siempre atento a espiar las cosas y personas en torno suyo. Y si quiere liberarse se entrega a los libros, otro universo cerrado, demasiado cerca de sus ojos, demasiado cerca de sus pasiones. La mente se convierte en una cárcel y el cuerpo sufre, pues decir que el pensamiento se encoge y decir que el cuerpo trabaja contra sí mismo es cosa idéntica. El ambicioso rehace mil veces sus discursos y el enamorado mil veces sus súplicas. Es preciso que el pensamiento viaje y contemple, si se quiere que el cuerpo esté bien.

A ello nos conducirá la ciencia, siempre que no sea ambiciosa, charlatana ni impaciente, siempre que nos aparte de nuestros libros y nos haga poner la mirada en un lejano horizonte. Es preciso, pues, que sea percepción y viaje. Un objeto, por las diversas relaciones que en él descubres, te conduce a otro y aún a otros mil, y el torbellino de la corriente lleva tu pensamiento a los vientos, a las nubes y a los planetas. El verdadero saber es cualquier cosa pequeña que tengamos ante los ojos, pues saber es comprender la relación que une a la más mínima cosa con el todo. Ninguna cosa tiene su razón en sí misma; por eso el movimiento justo nos aleja de nosotros mismos, lo cual es tan sano para el espíritu como para los ojos. De ese modo tu pensamiento reposará en ese universo que es su dominio y se concertará con la vida de tu cuerpo, que también está ligada a todas las cosas. Cuando el cristiano decía: «Mi patria es el cielo», no sabía cuánta razón tenía. Mira a lo lejos.

15 de mayo, 1911

## VIAJES

En esta época de vacaciones el mundo está lleno de gentes que corren de un espectáculo a otro, evidentemente con el deseo de ver muchas cosas en poco tiempo. Si es para hablar de ello, nada mejor, pues siempre vale más poder citar muchos nombres; así se llena el tiempo. Si lo hacen por ellos mismos, para ver realmente, no los comprendo. Cuando las cosas se ven corriendo, se parecen mucho. Un torrente siempre es un torrente. Así, el que recorre el mundo a toda velocidad no es más rico en recuerdos al final que al principio.

La verdadera riqueza de los espectáculos está en el deta-

lle. Ver es percibir los detalles, detenerse un poco en cada uno de ellos y volver a contemplar el conjunto. No sé si los demás pueden hacer eso de prisa, pasar a otra cosa y volver a empezar. Yo no podría. Felices los habitantes de Rouen, que cada día pueden echar una mirada a una cosa bella y disfrutar de Saint-Ouen, por ejemplo, como de un cuadro que se tiene en casa.

En cambio, si se visita un museo una sola vez o un país de turismo es casi inevitable que los recuerdos se confundan y acaben formando una imagen gris de líneas imprecisas.

Para mí, viajar es andar un metro o dos, pararse y volver a mirar un nuevo aspecto de las mismas cosas. Con frecuencia, el sentarse un poco a la derecha o a la izquierda lo cambia todo, más que si me hubiera alejado cien kilómetros.

Si voy de torrente en torrente, siempre encontraré el mismo torrente. Pero si voy de roca en roca el mismo torrente se convertirá en otro a cada paso. Y si veo de nuevo una cosa ya vista, me impresiona más que si fuese nueva, y en realidad es nueva. Lo único que hay que hacer es elegir un espectáculo variado y rico, a fin de no dormirse en la costumbre. Aunque a medida que se sabe ver mejor, cualquier espectáculo encierra inagotables placeres. Y, además, desde todas partes puede verse el cielo estrellado; he ahí un bellísimo precipicio.

29 de agosto, 1906

## LA DANZA DE LOS PUÑALES

De todos es conocida la fortaleza espiritual de los estoicos. Razonaban sobre las pasiones: odio, envidia, temor y desesperación, y así llegaban a dominarlas, como un buen cochero domina a sus caballos.